

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE ETNOHISTORIA

La reflexión histórica ofrece a la sociedad un modo de autoconciencia que a la postre formará parte de su singularidad cultural. Como preservación inteligente de la memoria, que permite por ello proyectarse creativamente al futuro, resulta hoy innegable que este asedio riguroso del pasado construye imágenes culturales que hacen recaer su influencia en el mismo cuerpo social. Así pues, más allá de los propósitos del investigador, los perfiles esbozados por disciplinas como la historia dejan huellas indelebles en el modo en que se despliega nuestra existencia.

Sin lugar a dudas, este campo de conocimiento, que evidencia claramente el carácter intersubjetivo del espíritu humano, está necesariamente conectado con la indagación hermenéutica que tematiza nuestra relación con los otros. La atención a esta perspectiva lejos de constituir un artificio conceptual, señala, más bien, la urgencia de una responsabilidad reflexiva, en medio de una sociedad cuya unidad plena siempre nos remite al futuro, mientras que su realidad presente exige dar cuenta de continuos encuentros y desencuentros.

Al servicio de esta tarea dentro de nuestro país, los estudios históricos, alcanzando cada vez más rigor y riqueza, se vieron conducidos a romper límites y a militar decisivamente en un quehacer intelectual interdisciplinario. Es así como antes de llegar a la primera mitad del presente siglo, Luis Valcárcel y otros estudiosos de nuestro pasado iniciaron una aventura historiográfica que arrojó como resultado un cambio sustantivo en la manera de concebir los temas y problemas de nuestra historia y, por consiguiente, en la propuesta de nuevos y pertinentes métodos para su estudio.

Se trataba fundamentalmente de rastrear, en el discurrir del tiempo, las notas características que brindaban identidad a las poblaciones andinas, las que, por otro lado, fueron comprendidas como agentes que asumieron un papel protagónico en la constitución de la Historia del Perú, en el sentido fuerte del término.

Surgió así lo que se acostumbró llamar la “perspectiva andina”. Ella se desplegó como un camino de interpretación destinado a cumplir una relectura de los documentos orales y escritos que testimoniaban acerca de nuestro pasado y, yendo aun más lejos, acertó a discernir, entre los

sedimentos que deja tras de sí lo ya acaecido, las expresiones culturales que habían quedado ocultas en los consagrados discursos sobre las “grandes civilizaciones”.

Dados los orígenes y la realidad profundamente heterogéneos de la nación peruana, apareció la necesidad de fusionar las aproximaciones de distintas disciplinas humanísticas, a fin de obtener un campo de visión que diera cuenta de la cultura andina y de su pasado, mirada que no sólo tendría que dirigirse al Tawantinsuyu, sino que también debería aproximarse a la plétora de etnias andinas, que no habían quedado cercenadas por la conquista, sea ella del incario o española, y que se encontraban sepultadas por siglos de historiografía canónicamente aceptada. El resultado fue una comprensión coral, en la que intervinieron de manera armoniosa las voces de la arqueología, la antropología, la sicología y la filosofía, dando así sentido y contenido al quehacer del historiador como aquel intelectual que busca enunciar la verdad de las culturas y los pueblos.

Procedimiento novedoso, no nueva disciplina, lo que apareció fue que lo que Valcárcel llamó Etnohistoria, y que en el caso del Perú y de otras naciones se conoció como Etnohistoria Andina. Metodología seductora

que sugería la complejidad de los procesos culturales, liberándolos de la puntualidad temporal y de la anécdota erigida en verdad indiscutible, la Etnohistoria buscó asumir la dimensión de la cultura como conjunto de fenómenos diversos que en la larga duración ofrecen de modo progresivo identidad a un pueblo, al cual se le reconoce como poseedor de una historia propia y se le avizora como constructor de su posible destino.

Es así como se posibilitó que fueran surgiendo elementos hasta allí no debidamente valorados que, alejándose de las fuentes establecidas, dejaban entrever una historia cuya existencia ni siquiera sospechábamos y ello porque había la necesidad de abordarlos desde caminos de interpelación distintos de aquellos que se reclaman del abolengo conceptual acuñado en Occidente y en el que por generaciones habíamos sido formados. Se nos introdujo, como consecuencia, a un retrato distinto de los caracteres andinos, retrato en el cual latía una vida secreta y permanente que se hallaba enmascarada por los revestimientos culturales asumidos para no sucumbir ante la presencia de la cultura dominante. Se cobró entonces conciencia de cómo el concepto se había impuesto sobre el símbolo, la extensión geométrica sobre la naturaleza como tierra y madre, la relación mercantil sobre los vínculos de reciprocidad y solidaridad, y en fin el

mundo entendido como ámbito para el dominio de los hombres sobre el mundo asumido como hogar en el que están presentes los Dioses que nos hablan.

De otra parte y para hacer justicia no podemos tampoco olvidar que a su turno el Viejo Mundo nutrió su modernidad de este encuentro con lo otro impensable, con ese Nuevo Mundo cuya intelección remitía inevitablemente a horizontes culturales que no fueron por desgracia correctamente aprehendidos. El deslumbramiento del encuentro, como no podía ser de otro modo, excedía muchas categorías, al punto que generó frente al desamparo conceptual, incluso en mentes destacadas, una visión del Nuevo Mundo edénica y cumplidora de la utopía.

En nuestros días, cuando menos en el ámbito académico la visión maravillosa y utópica del Orbe Indiano ha cedido el paso a una comprensión cauta de nuestras civilizaciones pretéritas. El historiador de hoy nos presenta una interpretación crítica del testimonio y es claro que en particular, la Ethnohistoria nos invita a prescindir de las figuras heroicas alejándonos de la idea romántica de una férrea unidad propia de las “grandes culturas”. Alguien podría pensar que este acercamiento, sin duda

más fiel y preciso, se ha obtenido a costa de abandonar una comprensión deslumbrante de nuestros antepasados. Sin embargo, ello no es así, pues frente a la demitificación de antiguos esplendores se han hallado otros nuevos. No ya aquellos que inspiraron las utopías indianas ni mucho menos los paisajes exóticos del romanticismo. Al tener acceso a las revelaciones que nos brinda la historia en la actualidad, se adquiere una iluminación y una intimidad sorprendentes sobre lo propiamente humano de las etnias que hace tan sólo unas décadas se constituían como alteridades herméticas o exóticas.

En los años setenta, muchos jóvenes historiadores peruanos, borrando los límites de su ciencia entendida como compartimento-estanco, se dedicaron con entusiasmo al trabajo etnohistórico y así, no sólo contribuyeron a la renovación de su disciplina, sino que también ayudaron a ensanchar las miras de otros saberes. Es por esa época que se realizó en nuestro claustro la primera Jornada de Etnohistoria, encuentro que se hacía imprescindible ante la necesidad de intercambiar y debatir posiciones. Hoy unidos por las mismas preocupaciones fundamentales, nos encontramos dando inicio al IV Congreso Internacional de Etnohistoria. Aunque la experiencia de varios años nos hace distintos, el espíritu renovador, crítico y

multidisciplinario que dio origen a este trabajo sin duda permanece y se hace ahora presente, en una ocasión que resulta privilegiada para efectuar un balance de sus logros y establecer también las tareas que aún quedan por realizar ... Se trata pues señores de un singular ajuste de cuentas el que hoy se inicia y si él quiere ser un examen profundo y justiciero no puede, desde su primera reunión, dejar de señalar con especial énfasis la presencia de personas que supieron entregar su vida a la tarea de la investigación etno-histórica, alcanzando por lo profundo de su saber y por lo generoso de su entrega el buen ganado nombre de Maestros. Hoy la Pontificia Universidad Católica del Perú quiere hacer explícito su homenaje a uno de ellos, el Prof. J. Murra. Más adelante el Prof. Franklin Pease se encargará de reseñar las innumerables razones que justifican el nombramiento del Dr. Murra como Profesor Honorario de nuestra Universidad. ~~No debo~~^{sin} adelantarme a su cometido, quiero ~~si~~ decirle al avance cuán honrada se siente nuestra Casa por incorporarlo a su claustro. Su presencia, así como la del Dr. Rowe, otro insigne maestro que el día jueves, con los honores correspondientes, también comenzará a formar parte de nuestro cuerpo docente, hará que esta reunión que ha convocado a tantos destacados académicos del extranjero y del Perú, alcance merecido éxito.

Con profunda satisfacción, declaro inaugurado el IV Congreso
Internacional de Ethnohistoria...

SALOMON LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 23 de Junio de 1996

slf/-